

CAPÍTULO XIII

COLEGIO DE ZARAGOZA

(1555)

SUMARIO: 1. Diligencias practicadas de 1547 á 1554 para abrir colegio en Zaragoza.— 2. La ciudad y los caballeros se resuelven á empezar el colegio en 1554, animados por el P. Estrada.—3. Dificultades para hallar sitio.—4. Comprada una casa, se adereza una capilla, que se abre al público el 17 de Abril de 1555.—5. El mismo día sale un edicto del vicario del arzobispo contra los Nuestrros.—6. Los agustinos con otros regulares, y el arzobispo con algunas parroquias, se declaran contra la Compañía. Motivos de esta guerra.—7. El guardián de San Francisco es elegido juez conservador de los agustinos, y el obispo de Huesca de los jesuitas.—8. Ambas partes acuden al Justicia de Aragón.—9. Demostraciones de los agustinos contra la Compañía.—10. Alborótase el pueblo contra los jesuitas.—11. La princesa D.^a Juana emprende la defensa de la Compañía. Sus primeras cartas de 25 de Junio de 1555.—12. Salen los Nuestrros de Zaragoza el 1.^o de Agosto.—13. Nuevas y más apremiantes cartas de la princesa.—14. Va cediendo la parte contraria, hasta que el 8 de Setiembre se publica la revocación del edicto de 17 de Abril, y se declaran nulas cuantas censuras se habían lanzado contra la Compañía.—15. Vuelta triunfal de los Padres á Zaragoza.—16. Carta de San Ignacio.

FUENTES CONTEMPORÁNEAS: 1. *Cartas de San Ignacio*.—2. *Regestum litter. S. Ignatii*.—3. *Epistolae mixtae*.—4. *Litterae quadrimestres*.—5. *Epistolae S. Francisci Borgiae*.—6. *Epistolae P. Nadal*.—7. Polanco, *Historia S. J.*—8. Ribadeneira, *Historia de la Asistencia de España*.—9. Álvarez, *Historia de la Provincia de Aragón*.—10. Maestro Espés, *Libro de la Iglesia metropolitana de Zaragoza*.—11. *Archivo de Simancas, Estado*, leg. 318.

1. El primer pensamiento de establecer colegio de la Compañía en Zaragoza parece haber nacido de San Francisco de Borja. Apenas entró religioso en el otoño de 1546, concibió fervorosos deseos de abrir casas á nuestra Orden en las más ilustres ciudades de España. Puso los ojos desde luego en Sevilla, Toledo y Zaragoza, y por eso en Noviembre de aquel mismo año, aprovechando el viaje del Dr. Miguel de Torres, que después de visitarle en Gandía, pensaba pasar á Zaragoza, envió por mano de éste varias cartas á los personajes más ilustres de aquella ciudad, proponiéndoles la fundación de un colegio,

para cuyo principio ofrecía él una casa y alguna renta que allí tenía (1).

El P. Torres, al proponer este negocio, halló muy buena acogida en el virrey de Aragón Pedro Martínez de Luna, conde de Morata, pero mucha frialdad de parte del arzobispo D. Hernando de Aragón, frialdad tanto menos esperada, cuanto que D. Hernando era pariente cercano de San Francisco de Borja (2). Con todo eso no se desanimaron los Nuestrros, y en el verano siguiente de 1547, cuando estuvieron en Zaragoza los PP. Araoz y Torres, determinaron dejar en la ciudad algunos sujetos que, trabajando en bien de los prójimos, diesen á conocer la Compañía y preparasen el camino para el futuro colegio. Fueron destinados á esta empresa, como ya lo dijimos más arriba, los PP. Francisco de Rojas, español, y Hércules Bucceri, italiano (3).

Desde luego encontraron algunos buenos amigos, que prestaron generosamente favor á las cosas de la Compañía. Distinguiéronse entre éstos Fr. Tomás de Esquivel, prior del convento de los dominicos; micer Jaime Agustín, Mateo Sebastián Morranos, y más aún el anciano caballero mosén Juan González de Villasimplez, conservador del real patrimonio en Aragón. Este buen señor, habiendo envidado algún tiempo antes, y ordenándose de sacerdote, destinó una casa que tenía en Zaragoza, con alguna hacienda, á la erección de un colegio de doncellas. Como no tuviese próspero suceso esta fundación, mosén Juan González la deshizo con autoridad apostólica, y ofreció aquella casa y hacienda á los Nuestrros, para establecer un colegio de la Compañía. También se concedió á los Nuestrros una pequeña iglesia, que se había aplicado antes al colegio de las doncellas. Aceptóse la oferta en el verano de 1547 (4). Á principios de 1548 murió mosén Juan González (5), y su hijo Juan Luis movió pleito á la Compañía y puso embargo en la fundación, alegando que su padre no había hecho la donación con el debido derecho, pues no le tenía para dar al colegio ciertos bienes raíces que le dió y él pretendía ser suyos. Resistíale su hermana D.^a Aldonza González, que amaba sinceramente á la Compañía, y deseaba llevar adelante los buenos de-

(1) *Epistolae mixtae*, t. 1, p. 328.—(2) *Ibid.*, p. 339.—(3) *Ibid.*, pp. 389 y 392.

(4) Véase la carta en que agradece San Ignacio esta donación, en *Cartas de San Ignacio*, t. II, p. 37.

(5) No sabemos el día preciso, pero debió ser por Marzo ó Abril, pues el 27 de Mayo ordenaba San Ignacio desde Roma que se le hiciesen los sufragios como á fundador del colegio. *Vide Regest. litt. S. Ignat.*, t. 1, p. 147.

signios de su padre. Complicaba por otro lado el negocio D.^a Ana, hermana de los dos, pretendiendo que se restituyese el extinguido colegio de doncellas, donde ella había sido superiora. Cuando San Ignacio vió el embrollo de pleitos que surgían en torno de la fundación de Zaragoza, mandó á sus hijos, por Julio de 1548, que entregasen casa y hacienda, y se retirasen á otras ciudades donde podrían trabajar sin tantos estorbos (1).

Sintieron en gran manera este desenlace los amigos de la Compañía, y el buen P. Esquivel, deseando evitar la salida de los Nuestros, reunió en su monasterio á muchas personas principales para tratar de este asunto. Allí acudieron D. Miguel Clemente, protonotario del Consejo Real de Aragón; D. Gonzalo Paternoy, maestre racional del mismo reino; micer Jaime Agustín del Castillo, Mateo Sebastián Morranos y otros amigos de la Compañía. Fray Tomás de Esquivel «propuso el negocio, dice el P. Rojas, ensalzando el instituto de la Compañía hasta el cielo, y encomendando con razones muy eficaces la utilidad de su ministerio y la necesidad que de él había en esta república» (2). Asintieron todos á las ideas del P. Prior, y para guiar bien este negocio convinieron en hacer dos cosas: la primera consistía en ayudar, cada uno cuanto pudiese, con sus limosnas al sustento de nuestros Padres, y la segunda en interesar al Ayuntamiento en la fundación. Para lograr esto último, además de hablar cada uno en particular á los jurados, presentóse un día en el Ayuntamiento el P. Esquivel, explicó doctamente los bienes espirituales que la Compañía había de producir en Zaragoza, y exhortó á que la ciudad concurriese á la fundación del deseado colegio. Convencieron al Ayuntamiento las razones del P. Esquivel, y prometió dar mil escudos para esta obra (3). Esto sucedía por Agosto de 1548.

Los esfuerzos del P. Esquivel detuvieron á los Nuestros en Zaragoza, pero no lograron vencer las tenaces resistencias que se oponían á la fundación. Seis años continuaron nuestros Padres en aquella ciudad, siempre litigando con los hijos de mosén Juan González (4),

(1) Polanco, *Historia S. J.*, t. 1, p. 442. Ribadeneira, *Hist. de la Asist. de España*, l. 11, c. xv. Álvarez, *Hist. de la Prov. de Aragón*, l. 1, c. xxvi.

(2) *Epistolae mixtae*, t. 1, p. 554.

(3) *Ibid.*, p. 555. Véase también á Álvarez *ubi supra*. Nótese el yerro cronológico de Orlandini, que pone estas diligencias del P. Esquivel en el año 1551.

(4) No podemos detenernos á explicar todos los pormenores de este fastidioso pleito, muy característico de aquel tiempo. Quien desee seguir sus pasos puede consultar las cartas que sobre él escribieron estos años los PP. Francisco de Rojas y Alonso Román (*Epistolae mixtae*, t. 11, pp. 32, 94, 105, 143, 165, etc.).

y dedicándose cuanto podían á predicar y confesar, pero sin hacer todo el fruto que deseaban, ya por la inestabilidad de su posición, ya por la penuria de operarios, pues ofreciéndose tantas ciudades donde trabajar, se destinaban los sujetos á otras casas mejor fundadas, y sólo quedaban en Zaragoza dos ó tres Padres. El que más trabajó en estos años fué el P. Alonso Román, que desde 1550 residió en esta ciudad (1), y hubo de tolerar más que nadie las pesadumbres de esta fundación.

Desesperando de triunfar en el pleito con los hijos de mosén Juan González, diéronse los Nuestros á buscar algún sitio donde pudiesen edificar por cuenta propia casa é iglesia. Desde 1548 pusieron los ojos en un solar de la plaza de Méliz (2); pero opusieronse fuertemente los carmelitas, por estar muy cerca de su convento. Después se quiso comprar unos patios entre el hospital de Nuestra Señora de Gracia y el convento de Santa Catalina; pero sintiéndose de ello las religiosas de este convento, acudieron á los Padres franciscos observantes, y éstos impidieron la compra. Volviéronse los ojos á otra parte, y asomaron por allí los Padres agustinos. Por fin, después de andar largo tiempo «quasi speculando y rodeando toda la ciudad», dice el P. Román (3), se adquirió, á principios de 1554, una casa vieja, con algunos corrales adjuntos, en el sitio llamado Callizo de la Traición. Tampoco en este sitio se pudieron acomodar nuestros Padres. Tal fué el alboroto injusto que se levantó. «Si hubiese de decir á V. P., escribía el P. Román á San Ignacio, las murmuraciones y contradicciones, los falsos testimonios, las envidias y pasiones, los conventículos, risas y escarnios contra nosotros, el maravillarse porque nos dejan edificar, el dar señales que no nos querrían ver tener asiento en esta ciudad, especialmente entre casi todos los religiosos y sacerdotes, no sacando de mucho de esto al prelado y á sus familiares, sería nunca acabar. Finalmente conforme á lo que he entendido

(1) Polanco, *Historia S. J.*, t. 11, p. 104.

(2) *Epistolae mixtae*, t. 1, p. 555. Así el P. Rojas en esta carta, como el P. Román en la que escribió á San Ignacio el 25 de Febrero de 1554 (*Ibid.*, t. 11, p. 71), distinguen diversos sitios, y designan las contradicciones que surgieron; pero no ponen los nombres de las calles ó plazas en que estaban. Esta omisión la suplimos con lo que nos dicen dos autores de aquel tiempo, que, como habitantes de Zaragoza, debían estar bien informados de la topografía de la ciudad. Estos son: el maestro Espés, *Libro de la iglesia metropolitana de Zaragoza*, mss., l. 11, f. 1.040 (consérvase en el Archivo de la Seo), y Fr. Diego Murillo, *Fundación milagrosa de la capilla angélica y apostólica de la Madre de Dios, del Pilar, y excelencias de la imperial ciudad de Zaragoza*. Impreso en 1616. (Véase la p. 333 y siguientes.)

(3) *Epistolae mixtae*, t. 11, p. 72.

y el P. Rojas dice, y á mí me parece de lo que oyo y aquí veo, tanta contradicción, por ventura, no ha tenido la Compañía en todos juntos los lugares donde está en España, como en dicha ciudad; ni por ventura uno por uno hay lugar donde tenga tantos devotos y muy aficionados, y que tanto crédito tengan de la Compañía» (1).

2. Así estaban las cosas en la primavera de 1554. Entonces, cuando fué nombrado Provincial de Aragón el P. Francisco Estrada, resolvió dar un paso decisivo, é imprimir un movimiento atrás ó adelante á un negocio atascado hacía siete años. He aquí cómo refiere el mismo P. Estrada á San Ignacio el resultado de sus diligencias, en carta del 4 de Agosto de 1554:

«Por ésta diré lo que en esta ciudad ha sucedido, y es que, deseando que aquí se fundase un colegio de la Compañía, y que los señores de esta ciudad se declarasen en si querían ayudar para esta obra ó no, porque, según eso, proveyésemos en enviar aquí más gente ó en quitar esos pocos que hay, determinamos de hacer juntar todos los caballeros principales que en Zaragoza se hallaban, y hacerles una plática sobre el negocio; y así el visorrey hizo juntar todos los caballeros en la sala de su consejo, y se juntaron más de doscientos con el virrey y otros condes y señores, y yo con otros dos Padres. Estando todos así, se cerraron las puertas, y comencé yo á hacer mi plática, que duraría una hora, en la cual les dí cuenta de nuestra Compañía y de su manera de proceder, y del fruto que resulta de fundarse colegios en las ciudades, probándolo con la experiencia de los ya fundados en otras partes, y animándolos á lo mismo.

»Movié nuestro Señor tanto los ánimos, que en toda la plática hubo gran silencio y atención; y ella acabada, grande aplauso en todos, en tanto grado, que había quien decía que de su boca lo quitaría y la hacienda de sus hijos, por darla en ayuda de tan santa obra; otros, que nunca tal habían oído, y que estaban engañados con esta religión, ni la conocían, y que tal plática á toda la ciudad se había de hacer, pero que ellos la divulgarían por sus casas y por la ciudad. Hallóse presente á esta plática, de parte de la ciudad, el jurado principal, que estaba al lado del virrey, y al fin de ella, levantándose y quitando el bonete, dijo que él propondría aquello que había oído á la ciudad en su capítulo y consejo, y que era justo tal obra fuese favorecida.

»Después de esto, juntados todos los jurados y consejeros de esta

(1) *Epistolae mixtae*, t. IV, p. 73.

ciudad en la lonja donde suelen hacer sus ayuntamientos, quisieron que otro día de la semana yo les fuese á hacer otra plática á los ciudadanos por sí y á los que representan toda la ciudad, así como lo había hecho al virrey y á los caballeros, tomándolo por punto de honra si á la ciudad por sí no se daba cuenta; y así, yo fuí á aquel tribunal, y estando todos los jurados y consejeros de la ciudad juntos, comencé mi plática, y acabada, el principal de ellos dijo muy buenas palabras, y quedáronse allí cerrados, á consultar y determinar sobre lo que habían oído.

»El fruto que de estas pláticas ha resultado, es que, ultra de haber dado noticia de la Compañía, que era bien menester, se depararon dos caballeros que anduviesen á pedir por la ciudad, y allegar algo con que nos comprasen sitio donde pudiésemos fundar colegio, y en poco más de dos días que han andado á pedir, se han allegado más de cuatro mil escudos. La ciudad ofreció los mil, los otros ofrecieron diversos señores de esta ciudad, y así, se busca el sitio, y tras él se buscará la renta, porque ahora no hay quien más quiera dar; pero poco á poco, con el favor del Señor, se hará todo» (1).

3. Dado este empuje por el P. Estrada, repitiéronse las diligencias para haber algún sitio oportuno, y tropezóse con las mismas dificultades de antes. Al fin, después de mucho rodear, hallaron nuestros Padres ciertas casas con algún solar adjunto, propiedad de un caballero llamado Sancho de Francia (2). La vigilia de Navidad de 1554 se concluyó el contrato, y se compró el sitio y las casas por dos mil quinientos escudos. El sitio era bueno, pero las casas muy viejas; con todo eso, antes de pensar en edificios nuevos, se procuró acomodar aquello viejo con los debidos reparos para que sirviera de colegio (3). Terminado este negocio, salió el P. Estrada, á 3 de Enero de 1555, para Barcelona, dejando en Zaragoza á los PP. Piñas, Rojas y Román y á dos Hermanos (4).

4. Continuaron éstos ejercitando los ministerios de la Compañía los primeros meses del año 1555. Ocuparon las nuevas casas, y cuando tuvieron modestamente aderezada una capilla, determinaron estrenarla con una misa solemne, que se había de celebrar el 17 de Abril.

(1) *Epistolae mixtae*, t. IV, p. 294.

(2) Este sitio es el que ocupa el actual colegio de San Carlos, que fué el antiguo colegio de la Compañía.

(3) *Epistolae P. Nadal*, t. 1, p. 276. El P. Piñas al P. Nadal. Zaragoza, 9 de Enero de 1555.

(4) *Idem, ibid.*

Fueron convidados para esta fiesta el virrey, duque de Francavila, que desde años atrás era muy amigo de los Nuestrs, uno de los inquisidores y varios caballeros y personas principales de la ciudad. Como los Nuestrs eran tan pocos, convidaron, para cantar el oficio y misa, á los Padres dominicos, que en otras ocasiones nos habían favorecido en Zaragoza. Debía celebrar la misa nuestro grande amigo Fr. Tomás Esquivel. Estando ya todo dispuesto para la fiesta, y habiéndose obtenido del vicario general del arzobispo, Fr. Lope Marco, abad de Veruela, licencia para celebrar la función, vino un recado la víspera de la fiesta por la noche, de parte del mismo vicario, avisando que no se celebrase la misa hasta ver si tenía facultades la Compañía para ello, pues habían interpuesto queja los claustrales de San Agustín y dos parroquias. El P. Barma, viceprovincial y socio del P. Estrada, que se hallaba de paso en Zaragoza, habiendo consultado apriesa á los Nuestrs y á algún amigo de afuera, respondió al recado que ya no se podía volver atrás, estando anunciada públicamente la función, y hallándose convidados el virrey, los Padres dominicos y tantas personas ilustres de la ciudad; que al día siguiente iría él á verse con el vicario, y procuraría satisfacerle. Guardóse silencio sobre este incidente; y para tomar posesión de la capilla antes que surgieran nuevas dificultades, luego que amaneció el día siguiente, se celebró una misa en presencia de notario y testigos, y en ella se dió la comunión á varias personas. Cuando después, á la hora competente, estaba para empezar la misa solemne, llegó á la sacristía un recado, remitido por el guardián de San Francisco, á quien habían elegido por juez conservador los agustinos, intimando que no se celebrase la misa, por ser la erección de aquella capilla contra los privilegios de los agustinos. Consultaron entre sí las personas que estaban en la sacristía, y resolvieron que no debía atenderse al recado, porque la Compañía estaba en su derecho. Salió, pues, el P. Esquivel á celebrar la misa (1).

5. Predicó en ella el P. Fr. Juan de Azolora, de la Orden de San Jerónimo. Muy contento quedó el auditorio de los elogios que el predicador tributó á la Compañía, y de la devoción con que se celebró

(1) El P. Román, en su carta del 13 de Agosto de 1555 (*Epistolae mixtae*, t. IV, p. 799), y el P. Polanco (*Historia S. J.*, t. V, p. 392), mencionan solamente el primer aviso, enviado por el vicario; pero el maestro Espés (*ubi supra*) y el P. Gabriel Álvarez (*Historia de la Provincia de Aragón*, l. I, c. LI) añaden este segundo, enviado de parte de los agustinos, y que llegó después de la misa primera, y antes de empezarse la solemne, con lo cual se entienden mejor todos los sucesos de aquel día.

la solemnidad, cuando al salir de la capilla se encontraron nuestros amigos con un extraño espectáculo. Mientras dentro se celebraba la misa solemne, D. Lope Marco había hecho colocar por fuera, en las paredes de la misma capilla, un edicto en que se decía que ciertos clérigos, con propia autoridad, pospuesto el temor de Dios, decían misas y predicaban y administraban sacramentos en una casa profana, y que mandaba que todos los rectores y vicarios publicasen en sus iglesias, que ninguno viniese allí á ninguno de los ministerios dichos; y lo contrario haciendo, cayesen en excomunió (1).

Hubo escándalo no pequeño por este edicto riguroso. Procuraron los jesuítas que el virrey y algunas personas principales hablasen al vicario, y le pidiesen la revocación del edicto. Los mismos Padres fueron también á verse con él, y le mostraron las bulas de la Compañía. Pero aunque el abad las vió despacio y las mostró al oficial del mismo arzobispo, no quiso volver atrás, ni dar licencia de predicar al P. Santander, que llegó aquellos días enviado por San Francisco de Borja. Como respondiesen algunos peritos á los Nuestrs, que en su capilla podían predicar sin licencia del arzobispo, tuvo sermón uno de los Padres con bastante concurso de gente. Indignóse sobremanera el prelado, y él con los demás enemigos nuestros pasaron adelante en sus procedimientos contra la Compañía.

6. Para entender mejor la serie de los acontecimientos que van á sucederse, bueno será que exponamos quiénes fueron los combatientes que entraron en batalla. Los principales adversarios de la Compañía eran el vicario del arzobispo, D. Lope Marco, ó por mejor decir, el mismo arzobispo, cuyo instrumento era D. Lope, y los Padres agustinos. En pos del arzobispo iba el clero parroquial de toda la ciudad, principalmente el de la Magdalena, parroquia próxima á nuestro colegio. Con los agustinos hicieron causa común todas las Órdenes religiosas, excepto los jerónimos y los dominicos. En favor de la Compañía se declararon D. Pedro Agustín, obispo de Huesca; el virrey de Aragón, duque de Francavila, y los jurados de la ciudad, aunque éstos se interesaron poco en la lucha. Pero el principal apoyo de la Compañía y el que decidió en su favor la batalla, fué la princesa D.^a Juana, gobernadora de España, movida, se entiende, por San Francisco de Borja, que por entonces estaba en Valladolid (2).

(1) Polanco, *Historia S. J.*, t. V, p. 393, el cual toma sus noticias de la carta del P. Román del 13 de Agosto (*Epistolae mixtae*, t. IV, p. 799).

(2) Así se infiere bien claro de una carta del santo comisario á San Ignacio, fecha en Simanca á 12 de Julio de 1555 (*Epistolae S. Francisci Borgiae*), donde,